

LA MATERIA NO EXISTE

# HARRY POTTER Y EL TEATRO VIRTUAL

◆ ALBERTO CHIMAL

SIN TÍTULO / INYECCIÓN DE TINTA EN PAPEL FOTOGRÁFICO / SERIE DE 10  
DÍPTICOS / 53.3 X 64.2 C/U / 2017 / EDICIÓN EN MONOTONO, FRAGMENTO

“Cultura de la cancelación” es un nombre nuevo para una situación antigua: un ambiente, en cierta sociedad o momento histórico, en el que muchas personas favorecen y practican a la vez la condena social.

Actualmente se abusa del verbo *cancelar* –dependiendo de la orientación ideológica y la buena o mala fe de quien lo emplea–, pero en general se puede decir que una persona es “cancelada” cuando pierde sus

“plataformas”, es decir, los medios a su alcance para expresarse o darse a conocer, debido a la presión de grandes cantidades de personas en redes sociales y otros espacios de internet. Por ejemplo, el movimiento #MeToo, que en 2017 denunció con éxito los abusos sexuales cometidos por varios hombres poderosos en el mundo de habla inglesa, llevó a la cárcel a algunos de ellos, y a que otros perdieran sus empleos, pero sobre todo fue una forma de reclamo colectivo –contra

los abusos de gente influyente, usualmente cobijada por el poder económico y político de nuestras sociedades patriarcales–, por el cual una especie de revulsión moral sigue afectando hasta hoy a un tercer grupo de acusados. Éstos son los “cancelados”. Dos casos emblemáticos son los del cineasta Woody Allen y el cómico Louis C. K., quienes están en libertad y no han perdido del todo la posibilidad de trabajar, pero sí se han vuelto *intocables*, casi literalmente parias, para muchas personas que antes los admiraban.

¿Quién iba a decir que, en este 2020, la escritora J. K. Rowling, conocida por millones de lectores gracias a su serie de Harry Potter, iba a estar en una situación parecida?

Hay que subrayar que Rowling no está acusada de ningún tipo de abuso sexual; tampoco hay ningún cargo en su contra porque nadie afirma que haya cometido un delito. Pero muchos de sus antiguos admiradores reaccionan ante ella de manera casi tan violenta como ante Allen o C. K. Sin ir más lejos, dos de los sitios de fans más populares de la serie de Harry Potter: *The Leaky Cauldron* y *MuggleNet*, con décadas de operación y decenas de miles de publicaciones, han anunciado que no volverán a cubrir las actividades de Rowling, y cuando deban referirse a ella usarán un *hashtag*, #JKR. De este modo, sus lectores podrán filtrarla de sus redes sociales y no ofenderse al verla.

Lo que Rowling hizo, acaso sin darse cuenta del todo, fue ponerse en contra de principios e ideales de buena parte la juventud de hoy en el mundo occidental.

Desde la aparición de la última novela de su serie, y al mismo tiempo que ha publicado libros para adultos y realizado otros proyectos de ficción vinculados con el mundo de Harry Potter, Rowling se ha convertido en una celebridad de internet, y en especial de la red Twitter. Por años, la escritora –feminista declarada y defensora de causas progresistas– fue elogiada por tuitear con ingenio contra figuras conservadoras y muchas veces impresentables, así como por ofrecer agregados a las novelas de Harry Potter que volvían más incluyente su mundo narrado. Así, por ejemplo, Rowling “reveló” que Albus Dumbledore siempre había sido gay, o que Hermione Granger podía ser imaginada como afrodescendiente. Eran gestos, en realidad: guiños de simpatía a las causas de poblaciones discriminadas que no resolvían sus problemas más graves y antiguos, pero ya sabemos que mucho de la discusión presente sobre esos temas se centra en gestos y símbolos, a falta de voluntad y acciones claras entre los políticos de muchos países.

Sin embargo, en 2019 Rowling publicó un tuit en apoyo de Maya Forstater, una especialista en finanzas que había participado en campañas transfóbicas y litigaba en Inglaterra contra antiguos empleadores, que no querían recontratarla por considerar inaceptables sus opiniones. Forstater perdió el juicio. Además de ponerse del lado de Forstater, el tuit de Rowling contenía la frase *sex is real* (el sexo es real), que puede parecer totalmente inocua, pero

dentro de las discusiones en línea acerca de las comunidades LGBTQ+ se considera un *dog whistle*: una frase en clave que señala una actitud retrógrada o prejuiciosa sin explicitarla, de modo que quien la usa pueda negar lo que está haciendo ante quienes no pertenecen a su grupo. Un argumento falaz contra las personas transgénero busca equiparar la noción de *sexo* biológico con la construcción social de *género*, para implicar que las personas trans intentan negar la primera al criticar la segunda.

El tuit causó mucho enojo, dentro y fuera de los grupos de fans de Rowling. Peor aún, fue seguido por varias publicaciones más en las que Rowling, sin renunciar a identificarse como feminista, repetía más frases u opiniones que dejaban clara su convicción de que las mujeres trans “no son” mujeres de verdad. De inmediato se le asestó el término TERF (*Trans-Exclusionary Radical Feminist*, feminista radical trans-excluyente), que se ha vuelto prácticamente un insulto en muchos países.

En julio de 2020, Rowling apareció como firmante en un manifiesto de 151 intelectuales, casi todos estadounidenses y de filiación conservadora, contra la “cultura de la cancelación”, por considerarla una amenaza contra la libertad de expresión. En el mismo mes en el que el gobierno de los Estados Unidos ha autorizado maniobras de represión policial en diversas ciudades de ese país, ha comenzado el ocultamiento sistemático de información acerca de la propagación del coronavirus,

y continúa fomentando la polarización y el racismo, el manifiesto parece enormemente insensible –porque la peor cancelación de este momento no es la de un sector mayoritariamente blanco, acomodado y a salvo de violencia sistémica– y la decisión de Rowling parece una locura.

Pero así está el mundo: no sólo para quienes se enamoraron de Rowling en su infancia, y luego se sintieron traicionados por ella, los problemas más graves de nuestro tiempo parecen haberse mudado al territorio de los gestos, del enojo o la indignación *performativos*, interpretados para difundirse por las redes. Y si bien el teatro virtual de las luchas ideológicas puede ser catártico, puede dar una sensación de satisfacción y de virtud, las victorias en las redes no siempre salen de ellas. Hagan lo que hagan allá sus atacantes o sus defensores, la exclusión, los prejuicios y el abuso siguen muy presentes entre nosotros.

En cuanto a la propia J. K. Rowling, llegó al límite de algunas de sus convicciones y reveló otras. Difícilmente será cancelada por completo: es más importante, rica e influyente que Woody Allen, después de todo, y no digamos que Louis C. K. Pero su obra más perdurable sí está sufriendo daño: las siete novelas que en su momento actualizaron un viejo subgénero inglés –las historias de colegio, con sus crueldades, sus castas y sus maduraciones difíciles– y en el proceso dieron impulso global a la literatura infantil y juvenil y fueron el punto de partida de millones de vidas lectoras. ●